



ALFAGUARA
) U VI. N11,

l rminatMin ilei su

© De esta edición (corregida):

Aguilar Chilena de Ediciones S.A.

Dr. Aníbal Ariztía 1444, Providencia Santiago de Chile

• Grupo Santillana de Ediciones S.A.

Torrelaguna 60, 28043 Madrid, España.

• Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de C.V.

Avda. Universidad, 767 Col. del Valle, México D.F. C.P. 03100.

• Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de Ediciones

Avda. Leandro N. Alem 720, C1001 AAP Buenos Aires, Argentina.

• Santillana S.A.

Avda. Primavera 2160, Santiago de Surco, Lima, Perú.

• Ediciones Santillana S.A.

Constitución 1889, 11800 Montevideo, Uruguay.

• Santillana S.A.

Avda. Venezuela N° 276, e/Mcal. López y España, Asunción, Paraguay.

• Santillana de Ediciones S.A.

Avda. Arce 2333, entre Rosendo Gutiérrez y Belisario Salinas,

La Paz, Bolivia.

ISBN: 956-239-389-5 Impreso en Chile/Printed in Chile Primera edición en

Chile: enero de 2006 Cuarta edición en Chile: marzo de 2009

Diseño de la colección:

Manuel Estrada

1«

-•4#

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

El monstruo del arroyo

Mario Méndez

Ilustraciones de Pez

El monstruo del arroyo

Maria Montoya



*Para Martina, cuya
sonrisa derrota todos
los monstruos.*

Un día, cuando yo estaba en el
bosque y al volver me encontré con
un monstruo. Era muy grande y
seguía a los niños que iban al
bosque. Me asusté mucho y me
corrí a casa. Desde entonces
no voy al bosque.

Por eso, cuando voy al bosque
me siento muy triste. Me gustaría
ver a los niños que van al bosque
y jugar con ellos. Pero no puedo
porque tengo miedo.

Un día, cuando yo estaba en el
bosque y al volver me encontré con
un monstruo. Era muy grande y
seguía a los niños que iban al
bosque. Me asusté mucho y me
corrí a casa. Desde entonces
no voy al bosque.

NOCHES DE TORMENTA

Un relámpago iluminó la oscura noche pueblerina y al instante un trueno rompió el silencio de las calles desiertas. La lluvia, que había caído durante toda la tarde, se hizo más potente aún, transformándose en una implacable cortina de agua que anegaba las calles de tierra de Los Tepuales.

Pedro se asomó a la ventana de su casa y corrió las cortinas; enseguida la voz de su tía Cata lo regresó a la mesa, donde lo esperaban las tareas de la escuela.

—Pedro —dijo la tía con tono amable, como excusándose—, tienes que terminar los deberes, además, ya sabes..

Pedro movió la cabeza, asintiendo.

—Sí, ya sé —dijo tristemente, y se quedó callado.

Lo que Pedro sabía era lo mismo que también

sabían todos los habitantes de Los Tepuales. A esa hora, y en plena tormenta, era mejor no asomarse. La escena se repetía, seguramente, en muchas de las casas bajas del pueblo, esa misma noche. Y se venía repitiendo desde hacía ya varios años, desde el momento en que se instaló en el pueblo lo que primero fue un rumor y después una certeza que nadie se atrevía a discutir: que en las afueras de Los Tepuales, en el casco abandonado de la estancia La Margarita, junto al arroyo Triste, vivía un monstruo.

El pueblo se había enterado de tan extraña noticia en otra parecida noche de tormenta; aquella en que un paisano que venía al pueblo en su caballo vio una luz en la vieja casona destruida, se asomó a curiosear y muy poco después entró al galope por la única calle asfaltada, gritando horrorizado su descubrimiento: «¡Un monstruo! ¡Un monstruo!», exclamaba el aterrado paisano, y desde aquellos gritos nada fue igual en Los Tepuales.

La noticia que había traído aquel paisano asustado enseguida se hizo verdad entre los vecinos supersticiosos, que muy pronto sacaron a relucir las leyendas más antiguas: que en La Margarita vivió un sabio loco, decían algunos -y que

quizás todavía estaba allí, agregaban otros en voz baja-. Que el arroyo Triste tenía ese nombre no por la poquísimas agua que arrastraba sino porque en él se había ahogado una vieja hechicera, y que la vieja, antes de morir, había maldecido las aguas oscuras. O que La Margarita no se vendía no por problemas de sucesión, como argumentaban los abogados, sino porque el dueño que —suponían— sabía lo del sabio loco, o lo de la vieja hechicera, no quería hacerse cargo de la suerte de los futuros ocupantes.

Lo cierto es que durante mucho tiempo el tema excluyente de todas las conversaciones de los tepualenses fue La Margarita y su monstruoso habitante. A muy pocos se les ocurrió pensar que tal vez aquel gaucho curioso estaba un poquito pasado de copas y los que sí consideraban esa posibilidad respondían con algo que para ellos era una verdad indiscutible: los chicos —aseguraban—, los locos y los borrachos nunca mienten.

Pero como a pesar de todo siempre hay alguien que no pierde la cabeza, hubo en Los Tepuales una persona que dudó de los dichos del pueblo. El director de la única escuela del lugar era de los poquísimos que se reían del cuento y fue él quien

logró reunir una expedición que se animaría a inspeccionar La Margarita. Cinco hombres y el director partieron un día poco antes del atardecer, recorrieron la estancia abandonada y entraron a la vieja casona cuando ya oscurecía. Volvieron muy poco después: uno de los expedicionarios, que en realidad no era tan valiente como parecía, se enganchó el poncho en un clavo y pegó tal grito que asustó a sus compañeros. Todos corrieron, salvo el director, que a pesar de los gritos se animó a seguir. Volvió muy tarde, cansado y embarrado hasta las rodillas. En el bar del pueblo lo esperaban sus compañeros y muchos vecinos. El les dijo que no había visto ningún monstruo, aunque agregó que en el fondo de la casa le había parecido ver una luz y que al acercarse la luz se había apagado.

—Un relámpago —aseguró, pero ya era tarde. Hasta sus mismos compañeros se convencieron de que «algo» había y ya nadie se animó a volver por allí.

Para colmo, dos meses después el director se jubiló y regresó a su pueblo natal, con lo que los comentarios se hicieron unánimes: «Por algo se va», decían algunos aun antes de que el director abandonara el pueblo. «El lo vio», aseguraban

hablar, habría explicado. Por lo que el monstruo sabía, siempre había estado en esa, su guarida, y siempre estaría allí, alimentándose con lo que encontraba y evitando todo contacto con los vecinos del pueblo, por los que no sentía ninguna simpatía. había bajado alguna que otra vez hasta Los Tepales, siempre ocultándose en las sombras de la noche y dos o tres veces los perros lo habían corrido, ladrándole. De ellos, precisamente, había aprendido a defenderse, copiándoles los ladridos, que le salían muy a su manera, mostraba los dientes, gruñía y emitía una especie de aullido largo y desafinado que no asustaba demasiado a los perros pero mantenía, sin que él pudiera adivinarlo, a todos los vecinos encerrados en sus casas, aterrados ante la posibilidad de que el monstruo al fin se hubiera decidido a atacarlos.

Después de esas raras incursiones al pueblo, volvía, como siempre, a su guarida en el arroyo. Se acomodaba en alguna de las piezas de la casona y evitaba, sin saber por qué, los restos del auto rojo semivolcado contra un árbol, a pocos metros de la casa. Qué era ese armatoste roto en medio del bosquecito resultaba algo que el monstruo no estaba capacitado para entender, pero por alguna oscura

razón prefería mantenerse alejado de él, como si hubiera allí una oculta amenaza.

III VENTAJAS

Por ese entonces, y sin que el monstruo pudiera aprovecharla, nació en Los Tepuales la costumbre de dejar cosas en la entrada del pueblo, como pequeñas ofrendas que tenían la intención de tranquilizar al engendro: paquetes de comida, alguna gallina, incluso velas encendidas y botellas con agua. El monstruo nada aprovechaba de las ofrendas, que jamás había visto siquiera, pero curiosamente fue esa la mejor época de los dos granujas del pueblo, Adolfo y José, que a despecho del miedo salían por las noches de su rancho, y ¡insiguieron así estar alimentados como nunca.

Los dos granujas eran los encargados de difundir entre los vecinos las noticias más espeluznantes acerca del monstruo; no sólo decían haberlo visto más de una vez; aseguraban, además, que el maligno ser los había perseguido y José, que era de los dos el más imaginativo, hizo la descripción

más completa que del monstruo se hubiera escuchado: dos metros de alto, larguísimos pelos, dientes como de león, ojos enrojecidos y garras, poderosas garras. En fin, cuanto más horrible y peligroso resultara el engendro, más provisiones conseguían José y su socio Adolfo.

Pero no sólo para los inofensivos granujas la existencia del monstruo del arroyo, como empezó a llamárselo, se convirtió en una ventaja. No faltó quien pensara en utilizarlo como atractivo turístico, y aunque esa idea fue pronto desechada (porque, como dijeron los más sensatos, la gente de los pueblos vecinos pensaría de los tepualenses que eran unos mentirosos, o peor aún, miedosos llenos de supersticiones), las ventajas llegaron, y no precisamente para los más honestos. Existía en Los Tepuales, por aquellos años, un intendente tan poco afecto al trabajo como amigo de los buenos negocios y con él, un grupo de colaboradores que tenían más o menos las mismas inclinaciones. A instancias de uno de ellos, el secretario de Prensa de la Municipalidad, el monstruo se convirtió, poco a poco, en la excusa perfecta para explicar todos los males del pueblo. Llegaba el invierno, por ejemplo, y la provisión de gas comenzaba a escasear; como es lógico, los veci

nos protestaban pero enseguida llegaba el comunicado de prensa que explicaba lo sucedido a la gente, que de inmediato callaba: el culpable era el monstruo, al que se había visto merodeando entre Ids, nuevas instalaciones de gas -que los vecinos ya habían pagado— y que el engendro se había entretenido en destruir. Como consecuencia, los impuestos aumentaban y aunque el gas seguía siendo escaso, ahora resultaba más caro, y el intendente, sin que nadie se lo explicara, cambiaba de auto o remodelaba sus oficinas. Y así con muchas otras cosas. Los robos, por dar otro ejemplo, se hicieron más comunes, y castigarlos más difícil. Como la policía se negaba a patrullar de noche -por miedo al monstruo-, algunos ladrones audaces se dedicaban a saquear gallineros y despensas, y los robos, siempre, eran atribuidos al monstruo del arroyo, que al parecer ya no se contentaba con las ofrendas que se le hacían.

IV PEDRO Y MARILÍ

De las ventajas que se sacaban de su existencia, el monstruo no tenía la menor noticia, él, en la casona abandonada, era tan inocente como un niño y tal vez por eso, es que fueron precisamente dos niños quienes se encargarían de aclarar las cosas.

Uno de ellos se llamaba Pedro Basabilvaso. Era un chico de unos once años que había nacido en Los Tepuales y que desde siempre había vivido con su tía Cata. Como todos en el pueblo creía sin dudar en la existencia del monstruo del arroyo pero, a diferencia de la mayoría, sentía una enorme curiosidad y muchas veces, antes de dormir, se había jurado que algún día juntaría el valor suficiente para entrar en La Margarita. Quizás porque no tenía la suerte de haber sido criado por sus padres, se sentía un poco raro («como el monstruo», se decía a sí mismo) y también le parecía que estaba un poco

solo («como el monstruo», se repetía) aunque eso era injusto con su tía, que lo quería y cuidaba como lo hubiera hecho su madre.

El otro niño, niña, para ser precisos, era una nueva vecina de Los Tepuales. Se llamaba Marilí y si bien venía de Buenos Aires, donde los monstruos no existen más que en el cine y la televisión, muy pronto creyó en la existencia del fabuloso habitante del arroyo, al que se imaginaba chorreando un agua verde y pegajosa, espantoso como uno que había visto en un video.

A Marilí, que también tenía once años, le tocó sentarse en el mismo banco del sexto grado al que iba Pedro y allí se hicieron amigos. Los padres de la niña, una pareja de médicos que venían a hacerse cargo del dispensario del pueblo, estuvieron encantados de que Marilí se hiciera un amigo nuevo, pues tenían miedo de que su hija extrañara demasiado la ciudad, y aunque no creían en la existencia del monstruo, solían invitar a Pedro a merendar con ellos y cada vez le pedían que narrara alguna de las muchas historias que se contaban en el pueblo sobre el terrible ser.

A Raúl y a Marta, los padres de Marilí, no sólo les interesaban los cuentos por lo divertidos sino



J. S. F.

también por un problema muy particular que tenían con la Intendencia. No hacía más de dos meses que se habían hecho cargo del dispensario y ya estaban cansados de que cada vez que algo fallaba, el intendente o su inseparable secretario de Prensa se encargaran de achacarle la culpa al monstruo. Si no llegaban los medicamentos a tiempo no era porque en la Intendencia hubieran olvidado los trámites correspondientes sino porque el engendro había interceptado el envío; si la ambulancia no estaba disponible no era porque la estuviera usando alguno de los colaboradores, sino porque se estaba utilizando para perseguir al monstruo, y así hasta el hartazgo: todos los problemas del dispensario, como los demás problemas del pueblo, tenían que ver con el fantástico habitante de La Margarita. Por eso a Raúl se le ocurrió que la única forma de terminar con los problemas era terminar con la leyenda, es decir, dejar en claro de una vez y para siempre lo que él daba por descontado: que no existía ni había existido nunca ningún monstruo, ni en el arroyo, ni en la casona abandonada, ni en el bosque de La Margarita, él le demostraría al pueblo entero que el único y verdadero lugar donde habitaba el monstruo era en la fantasía de los tepualenses.

V PREPARATIVOS

El dispensario que atendían Marta y Raúl estaba abierto de lunes a viernes hasta que anoecía, y los sábados a la mañana. El domingo era el día de descanso de los dos médicos, así que el papá de Manlí pensó que lo mejor era tomarse toda la tarde del sábado para preparar la inspección a La Margarita. Pensaba salir al atardecer para entrar en la estancia abandonada momentos antes de que oscureciera, pues no quería que en el pueblo a nadie le quedaran dudas y por eso, la semana anterior a ese sábado, se dedicó a comentarles a todos sus pacientes y vecinos cuáles eran sus planes. Como es de suponer, la voz corrió enseguida y el sábado al mediodía una gran cantidad de tepualenses lo escoltó desde el dispensario hasta su casa, testigos silenciosos de lo que para ellos era casi un suicidio.

Raúl se reía y más de una vez, mientras preparaba la mochila, repitió la invitación.

—El que quiera acompañarme, que venga. Aunque sea para las fotos.

Pero, claro, nadie aceptaba.

El médico tenía planeada una expedición completa, llevaba abrigo para pasar toda la noche en la estancia, y cargó, también, una linterna poderosa y una cámara de fotos con la que pensaba registrar cada parte de la casona, que según creía, estaba completamente vacía.

—A lo sumo habrá ratas —decía sonriendo— pero no se preocupen; llevo un machete para los pastizales, y para defenderme.

A los tepualenses no les gustaba nada lo que Raúl estaba preparando. Por un lado, sentían que el médico les tomaba el pelo, que se burlaba de sus creencias, y eso era cierto. Por otro, había unos cuantos que temían sinceramente por su vida y otros más, que no eran pocos, por perder las ventajas que conseguían de la existencia del monstruo. Adolfo y José, los granujas, se limitaron a repetirle al médico las descripciones más horribles del monstruo, pero los colaboradores del intendente fueron más lejos.

Reunidos en el salón de actos de la Municipalidad, los funcionarios, presididos por el secretario

de Prensa, deliberaban acerca de lo que había que hacer.

—Impidámosle ir —decía el secretario de Transportes—, que el intendente dicte un decreto y a otra cosa.

—No podemos —le respondía el secretario legal—. El medicucho ese está en su derecho.

—¡Pero invade propiedad privada! —se exaltaba el secretario de Rentas.

—No es delito si lo hace en beneficio de la ciencia, como dijo —se lamentaba el secretario de Agricultura.

—¡Algo hay que hacer! —exclamaban unos y otros, pero a nadie se le ocurría nada.

Sólo el intendente permanecía callado. Ni siquiera parecía preocupado. La secretaria de Cultura, al darse cuenta del raro silencio de su jefe, lo increpó:

—Señor —dijo la gorda mujer, pomposamente—, esto no conviene a los altos intereses de Los Tepuales, a sus ciudadanos. . y a sus gobernantes. ¿No piensa usted hacer nada?

El intendente se removió en su sillón favorito, sonrió y con un gesto obligó a todos sus colaboradores a guardar silencio.

—No hay que desesperar —dijo con tono misterioso—, ya algo se hará.

Mientras tanto, Raúl terminaba los preparativos. Marilí había insistido durante toda la semana para que su padre la llevara, pero éste no accedía y Marta, a pesar de sus creencias científicas, estaba de acuerdo. De pronto, ante las advertencias de los vecinos y las descripciones de los granujas, le había entrado un poco de miedo, aunque prefería no preocupar a su marido y no le decía nada. Pedro, en tanto, ayudaba en lo que podía, yendo y viniendo por la casa de su amiga, y aunque en el fondo no le faltaban ganas de acompañar a Raúl, tampoco le faltaba temor y se contentaba colaborando dentro del pueblo, y no en la temida estancia.

Al fin empezó a bajar el sol y Raúl montó en su bicicleta, con la mochila en los hombros, una gorra de lana en la cabeza y una amplia sonrisa que parecía decir lo que estaba pensando: «Allá voy, monstruo, a no encontrarte»

UNA EXPEDICIÓN CIENTÍFICA

M

A medida que el sol del crepúsculo enrojecía el camino de tierra que iba del pueblo a La Margarita, Raúl, pedaleando en su vieja bicicleta, apuntaba en su cabeza cada uno de los pasos que debía dar para que la expedición fuera un éxito rotundo.

Para empezar, necesitaba sacar fotos, muchas fotos. Llevaba la cámara colgando del cuello, preparada con un rollo de 36 fotos color, y tenía otro en un bolsillo de la chaqueta, junto con el flash, pues las imágenes no debían dejar la menor duda. Ése era el primer punto, y estaba solucionado. El segundo punto era anotar todas y cada una de las cosas que valieran la pena, pues si de una expedición científica se trataba era indispensable contar con un diario de viaje. Los puntos tercero y cuarto tenían que ver con su subsistencia. Marta se había encargado de ponerle en la mochila comida suficiente como para una semana, a pesar de que Raúl

sólo iba a pasar una noche en la estancia y el abrigo con el que contaba más bien parecía el de alguien que fuera a visitar el polo. Pero él no había protestado por eso, pues sabía que era una de las formas que tenía su esposa de demostrarle su cariño. El punto quinto consistía en hacer un croquis detallado del casco de la estancia y sus alrededores y para eso Marilí le había llenado la mochila con cartulinas, lápices de colores y hojas de calcar, y el punto sexto tenía más que ver con su regreso que con la expedición misma: Raúl pensaba aprovechar el mediodía del domingo para pararse en la plaza frente a la Intendencia y hacer allí un relato detallado de todos sus descubrimientos (o, mejor dicho, sus *no* descubrimientos), así Los Tepuales se convencía de una vez por todas de que en La Margarita no había ningún monstruo.

Pensando en todo esto, Raúl pedaleó hasta la cerca semicaída donde aún se leía el nombre de la estancia. Allí se bajó de la bici, la pasó por sobre las maderas y entró. Oscurecía y se había levantado un viento leve que movía las hojas de los eucaliptos haciendo un ruido como de cortinas y a Raúl, aunque no lo quería reconocer, le entró un poco de miedo. Pero siguió. Caminó unos dos

cientos metros con la bicicleta a un lado hasta que al fin vio la casona abandonada, una vieja casa colonial en ruinas, con los techos de teja pudriéndose y los aleros deflecados y sueltos. Sólo unádasas vieja, casi caída, sin más misterios. Raúl sacó \as primeras fotos y después entró.

En la entrada misma tuvo la primera sensación desagradable; algo le tocó la cara, como acariciándolo y Raúl contuvo un grito y retrocedió, manoteando: había tropezado con una enorme tela de araña. Sonrió. Se sacudió los restos de la tela y siguió avanzando. De pronto un chistido lo detuvo, y luego varios más; antes de que llegara a reaccionar, el estrépito de unos aleteos le pasó por sobre la cabeza y Raúl vio cómo una bandada de murciélagos abandonaba los techos para irse a buscar comida en el bosquecito. Raúl apuntó la linterna hacia el techo, después al piso y saltando unos escombros continuó su camino. Al fondo de lo que alguna vez fue la cocina de la casa le pareció ver un amontonamiento de leña y hasta allí se dirigió. Para su sorpresa se encontró con unos leños que habían sido usados hacía muy poco; dedujo entonces que quizás algún vagabundo había pasado por la casa y luego se había ido. Sacó cuatro o cinco fotos con flash, limpió un

rincón de la vieja cocina y acomodó la bolsa de dormir. La única forma de convencer a los tepualenses era pasar la noche en la estancia, así que Raúl se metió en la bolsa y, antes de disponerse a dormir, comió un sándwich, escribió lo que había visto en su cuaderno de notas, apagó la linterna y se tendió. Poco a poco el sueño lo fue venciendo.

Todavía no había amanecido cuando algo le rozó un hombro, despertándolo. Raúl tardó un instante en recordar dónde se encontraba, luego manoteó la cámara y apuntó el objetivo hacia el rincón de la leña, de donde le parecía que llegaba un ruido. El flash lo cegó por un momento y junto con el clic le llegó un gruñido, casi como un ladrido, y unos pasos fuertes. Entonces tuvo miedo. Con cuidado cargó las cosas en la mochila y salió al patio. Allí recapacitó. «Un animal, seguramente», se dijo. Meneó la cabeza, contrariado, y ya empezaba a volver cuando otra vez oyó el gruñido y esta vez sí corrió hasta la bicicleta, subió como pudo y apenas iluminado por la luz de la luna pedaleó hasta la cerca sin darse vuelta, y de la cerca al pueblo a una velocidad como nunca había conseguido en su vida.

Recién en las calles desiertas del pueblito recuperó la calma y dejó de pedalear. Temblaba.

No había visto nada, pero tenía una foto que sin duda le aclararía las cosas. Resopló, descontento consigo mismo. «Quizás era un zorro, o un pobre perro vagabundo», pensó. Volvió a resoplar había portado como el más miedoso de los tepualenses. Era increíble. «Voy a volver», dijo casi en voz alta. «Si no vuelvo, nunca me lo voy a perdonar.» Decidido, pisó un pedal y boleó la pierna sobre la bicicleta. En ese momento la noche pareció caerle encima, y ya no supo nada.

VII

UNA BATALLA PERDIDA

Marta dio una vuelta —otra más— en la cama y suspiró. Era inútil seguir acostada: estaba claro que esa noche no podría dormir. Se levantó y fue, una vez más, hasta la ventana que daba a la calle, desde donde se imaginaba, allá lejos, a La Margarita. Suspiró otra vez. Tenía miedo. Su marido estaba allí, seguramente a salvo - quiso convencerse- y ella tenía que ser como él, valiente y segura. No había, *no podía haber*, ningún monstruo en la estancia del arroyo. Antes del mediodía volvería Raúl, con una sonrisa triunfal, y les demostraría a todos (y especialmente al intendente) que no había nada de qué preocuparse en La Margarita; y que de una vez por todas debían preocuparse, eso sí, por los problemas de Los Tepuales.

En la pieza de al lado dormía Marilí. También a la niña le había costado dormirse. Marta la arropó, le dio un suave beso en la mejilla y se dirigió una vez más a la cocina, a calentarse otro café. En ese

momento golpearon las manos. Marta se asomó a la ventana y la taza se le escapó de entre los dedos temblorosos para hacerse añicos contra el piso: allí afuera, casi colgando entre los brazos de los dos placeros, estaba Raúl, y parecía lastimado.

En un santiamén estuvieron dentro de la casa. Los placeros intentaban explicar lo que había pasado, pero Marta no los escuchaba, atenta tan sólo a su marido, que tirado en el sillón de la sala se quejaba y se tomaba la cabeza lastimada, manchada de sangre.

—El monstruo —decían los dos placeros—, mire que le dijimos que no fuera.

Poco a poco Raúl fue reaccionando. Dejó de quejarse y miró a los dos hombres, sorprendido.

—¿Dónde están mis cosas? —preguntó con voz débil.

—Habrán quedado en La Margarita —respondió uno de los hombres.

—No, no puede ser. Yo las tenía cuando entré al pueblo.

—Explíquenme esto —pidió Marta, acongojada.

—Lo encontramos tirado cerca de la entrada. No llevaba nada.

—¿Y la bicicleta? —preguntó Raúl—. ¿Y la cámara?

—No sabemos, nosotros íbamos al trabajo y usted estaba ahí tirado. No había nada de nada.

—Me robaron. Me robaron todo —exclamó Raúl, intentando pararse.

—Shh, Raúl, quedate quieto, por favor —lo tranquilizó Marta.

—Señora, nos tenemos que ir —dijeron los placeros—. Usted perdone, pero el doctor es un porfiado. Bastante barata la sacó. Ahora que no venga con que lo robaron.

Con todo el ruido, Marilí se despertó y entró en la sala. Su padre la tomó en brazos y Marta se sentó junto a los dos. Los placeros, aprovechando el momento, saludaron y se fueron.

Raúl solamente tenía un golpe, que parecía dado con un palo. Marta le limpió la herida, le sirvió un café y esperó la explicación.

Por fin, Raúl habló.

—Me asusté, Mar —comenzó diciendo—, oí un ruido, algún animal, seguro, y me escapé. Me da vergüenza decirlo, pero me acobardé, subí a la bicicleta y huí. Cuando llegué al pueblo reaccioné.

Me estaba por volver a subir a la bici para regresar, cuando me golpearon.

—¿Estás seguro de que no fue el monstruo, pa? —preguntó Marilí, apretándole un braz^

—Sí, hija. Ahora no tengo pruebas} pero estoy seguro. En La Margarita no hay ningún monstruo. La macana es que con lo que pasó, en vez de aclarar las cosas, todo lo que voy a lograr es que los vecinos estén todavía más convencidos de que sí hay un monstruo en el arroyo.

Raúl no se equivocaba. Antes del mediodía todo el pueblo sabía lo que había pasado y el intendente en persona, con su secretario de Prensa y la secretaria de Cultura, se encargaron de ponerle el broche al asunto. Primero hicieron una declaración en la plaza y después se dirigieron a la casa de los médicos.

—Doctor, perdone la visita sin aviso, pero era nuestra obligación —dijo el intendente con su tono más pomposo, apenas Raúl le abrió la puerta—. Queremos manifestarle nuestra solidaridad y recordarle, además, que esto no es la ciudad. Las cosas son distintas aquí, como usted puede ver, aunque antes no nos haya creído. Hasta hemos pensado en llamar al ejército.

—¡Por favor, qué ejército m qué ocho

cuartos! —estalló Marta—. ¡A mi mando lo robaron en el pueblo!

El secretario sonrió.

—Cálmese, doctora. Comprendemos su turbación. Todo va a solucionarse, quédese tranquila. Ahora hay que tener paciencia. Eso sí, si el pueblo no les gusta, ya saben, siempre se puede solicitar un traslado.

Marta abrió la boca, pálida de furia. Iba a gritar otra vez, pero su marido le apretó suavemente un hombro y ella entendió.

—Está bien —dijo Raúl—. Gracias.

Los tres funcionarios saludaron y se fueron. Apenas la puerta quedó cerrada, Marta soltó el estallido que se había guardado:

—¡Raúl, se van así, tan como si nada!

—Está bien, Mar —le respondió Raúl—. Por ahora van ganando, no hay que desesperarse. Perdimos esta batalla, pero ya tendremos otra oportunidad.

VIII MUDANZA

También en La Margarita esa noche hubo ajetreo. Igual que a Marta y a Raúl, al monstruo la noche se le había hecho muy difícil. De naturaleza tímida, y hasta temerosa, las visitas eran de las cosas que menos le gustaban. Por eso, apenas Raúl entró en la estancia, el monstruo, contra su costumbre, se refugió en el viejo armazón del auto a esperar allí que el extraño se fuera. Pero la noche pasaba muy lenta, el frío se hacía sentir cada vez más y el hombre no parecía dispuesto a irse de la casa, por lo que el monstruo se vio obligado a dejar su guarida y lentamente se metió en la cocina, buscando abrigo. Fue en ese momento cuando, sin querer, rozó la bolsa de dormir de Raúl y lo despertó; la reacción del visitante, completamente inesperada para él, al principio lo asustó tanto que sólo atinó a esconderse, pero cuando el hombre subió a la bicicleta (que el monstruo desconocía por completo) y

se marchó a toda velocidad, sintió que el miedo cedía paso a una incontrolable curiosidad, mucho más fuerte que el temor. Guiado por esa curiosidad corrió detrás de la bicicleta, escondiéndose entre los árboles del bosquecito primero y ocultándose en las sombras después, hasta llegar a las puertas mismas de Los Tepuales. Allí se detuvo y ya empezaba a volverse cuando vio que el extraño también se detenía. Los perros, quién sabe por qué razón, no lo ladraron y el monstruo aprovechó el silencio para acercarse un poco más. Raúl había vuelto a subir a la bicicleta cuando el sorprendido monstruo vio cómo otros dos hombres se acercaban al distraído ciclista por detrás, y uno de ellos levantaba un garrote y lo golpeaba, haciéndolo caer. Para no largar uno de sus raros ladridos, el monstruo contuvo el aliento y se alejó, a la carrera. Ya no quería ver más. No le gustaban ni el pueblo ni sus habitantes. Después de verlos actuar de ese modo, en su precaria mente de animal salvaje se formó un pensamiento, algo así como una decisión: por mucho que la curiosidad lo empujara, él haría lo imposible por no volver a ese horrible lugar, donde lo corrían los perros y los hombres se golpeaban entre sí.

Y a estos pensamientos asustados se debía el

ajetreo en La Margarita. Si el o los invasores deseaban volver, el monstruo no estaría a la vista. Como cualquier otro animal, él sabía muy bien que una guarida descubierta es automáticamente una guarida que, ya no sirve; por eso, sin haber dormido siquiera unos momentos, dedicó el resto de la noche a trasladar sus pertenencias más queridas a un nuevo escondite, unos cuantos metros más allá de la cocina. Llevó los palos de las hogueras, las piedras con las que había aprendido a hacerse el fuego, una manta gruesa y unos cueros de vaca que lo abrigaban y algo más, un objeto ruidoso y colorido que solía hacerle compañía por las noches. Un sonajero, simplemente. Sólo que el monstruo, claro está, no sabía de qué se trataba, ni tenía la menor idea de cómo había llegado a sus manos.

IX CAMBIOS

El fracaso de la expedición de Raúl no cambió el modo de pensar del médico, ni el de Marta, su señora, aunque sí modificó muchas cosas en el pueblo.

Para empezar, entre los funcionarios del Municipio comenzó a correr una voz que muy pronto se trasladó a todo el pueblo:

—El monstruo —decían— es peligroso. Debemos tomar urgentes medidas de seguridad; prepararnos para defendernos de sus ataques y, también, para capturarlo.

Toda Los Tepuales estaba estremecida con estos rumores. Se opinaba a favor y en contra, pero nadie se mantenía indiferente. Algunos pensaban que lo mejor era no innovar: si al monstruo se lo dejaba tranquilo -no como había hecho el médico, decían intencionadamente— el monstruo no molestaba. Más valía, para estos tepualenses miedosos,

importaran -y remarcó este punto- los costos que hubiera que pagar.

Raúl y Marta, escuchando la radio, temblaron con el anuncio. Si no importaban los costos era, seguramente, porque una parte importante iría a parar a los bolsillos del intendente y sus colaboradores.

Lo cierto es que más allá de las sospechas de algunos, la obra contó con el apoyo de casi todo el pueblo. Unas extrañas y enormes máquinas que decían *Made in Twamn* -nadie sabía qué era ni dónde estaba Twamn- fueron instaladas en las entradas de Los Tepuales, en la plaza principal y en las cercanías de la cancha de Defensores de Los Tepuales, el club más grande del pueblo. El secretario de Obras habló entonces desde la única tribuna de la cancha. Su discurso, lleno de términos técnicos, fue muy aplaudido, aunque nadie entendió gran cosa. Lo único que quedaba más o menos claro era que las costosísimas máquinas eran una especie de tramperas gigantes accionadas electrónicamente.

Mientras todo este movimiento se realizaba, Pedro y Marilí también vieron sus vidas modificadas. Marilí, que antes no sabía si creer en los cuentos de la gente o en las científicas razones de sus padres,

ahora estaba casi convencida de que el monstruo verdaderamente existía y Pedro, que nunca había dudado de su existencia, se había llevado tal impresión con la cabeza lastimada de Raúl, que ya no le prometía visitar La Margarita, ahora ni siquiera corría las cortinas de su casa cuando llegaba la noche.

Pero el más grande de todos los cambios era, sin duda, el de Marta. La madre de Marilí estaba tan indignada con la reacción del intendente y sus colaboradores, que pasó del temor por lo sucedido a Raúl a una irrevocable decisión, ella ya no sabía si en realidad había un monstruo en el arroyo, pero no descansaría hasta comprobarlo personalmente. Y como estaba convencida de que Raúl se había equivocado al contarle a todo el pueblo sus planes, ella haría todo lo contrario. Nadie, ni siquiera su familia, sabría de su plan hasta después de que lo hubiera cumplido.

LA SALIDA DE MARTA

La oportunidad le llegó a Marta un jueves a la noche. Después de mucho insistir, Marilí había conseguido que sus padres le dieran permiso para quedarse en la casa de Pedro y a Raúl lo habían venido a buscar desde un campo vecino, por un peón accidentado. Marta sintió que era el momento. La casualidad o la suerte le habían puesto por delante el camino del arroyo y ella estaba decidida a tomarlo.

Antes de salir le escribió a Raúl una nota, explicándole que a ella también la requerían por un enfermo, y aunque no le gustaba mentir, pensó que era mejor no preocupar a su mando. Luego salió, llevándose tan sólo una linterna y una gruesa chaqueta de cuero. Con eso debía bastarle.

En la entrada del pueblo se detuvo a observar una de las máquinas que el intendente había comprado para atrapar al monstruo. Le dio risa, y bronca a la vez, que los tepualenses aceptaran semejante estafa.

La máquina era un armatoste inservible cuya única utilidad era la de permitir que los gobernantes del pueblo se llevaran un poco más de dinero fácil. Pensando en la estafa no pudo resistirse a la tentación y agachándose a unos pasos de la máquina recogió una piedra y se la lanzó con todas sus fuerzas, con tanta puntería que la piedra entró limpiamente por una especie de ventana que tenía el armatoste y, luego de rebotar vanas veces en su interior, puso el artefacto en funcionamiento. Esto era lo último que Marta hubiera deseado. Viendo cómo una especie de mano metálica salía de la caja y parecía barrer el piso a su alrededor, Marta corrió a esconderse entre unos arbustos. Esperaba que la sirena del mecanismo -que según decían estaba conectada a la Intendencia- pronto despertaría a los miembros de la seguridad y éstos llegarían en unos instantes. Pero nada: el tiempo corría y ni los funcionarios ni la guardia especial que se había creado para capturar al monstruo aparecieron por el lugar.

Agazapada en su escondite, Marta resopló. Sintió alivio porque su plan podía continuar, pero a la vez se le redobló la bronca: acababa de comprobar una nueva estafa del intendente. Todavía resoplando salió del escondite y empezó

a caminar. En ese momento percibió el aullido. La máquina ya se había parado y no emitía ruido alguno, y lo que Marta había escuchado no podía provenir de un perro. Con cautela encendió la linterna y avanzó paso a paso hacia el lugar de donde le parecía que había llegado el largo y desafinado ladrido. Buscó con el haz de luz y entonces vio surgir detrás de una piedra una figura torpe que se bamboleaba entre las sombras. Parecía un oso, un gran oso peludo. Marta quiso gritar, pero el susto le había quitado la voz. El monstruo caminó unos pasos hacia ella y cuando al fin la pudo ver con claridad, retrocedió. Parecía tan asustado como la misma Marta. En un instante se metió de nuevo en la oscuridad y se perdió de vista.

Lentamente, la mamá de Marilí reaccionó. Apagó la linterna y volvió caminando hasta su casa. Iba pensando en el camino lo que después se repetiría en la cocina, mientras se calentaba un té: «¡El monstruo existe! Pero no puede ser muy malo, al menos no con semejante cara de asustado».

XI
REVELACIONES

La noche de su encuentro con el monstruo fue muy larga para Marta. Sabía que no podría dormirse y ni siquiera hizo el intento de meterse en la cama. Calentándose el estómago con té y masticando de puro nerviosa unas galletas duras, la joven doctora esperó a su esposo. Raúl llegó cuando ya amanecía. Traía cara de haber dormido poco y mal y se encontró con la sorpresa de ver a Marta esperándolo en el comedor, completamente vestida y como si estuviera a punto de salir.

—¿Qué pasa, Marta? —preguntó asustado.

—Siéntate, Raúl —le contestó su mujer, tomándolo de la mano y llevándolo hasta el sillón de la sala—. Tengo que decirte algo.

Raúl se asustó aún más.

—¿Pasó algo con Manli?

—No, nada de eso. Quédate tranquilo. Lo que pasó es que esta noche salí.

—¿Y?

—Y vi al monstruo.

—¿Qué?!

—Que vi al monstruo.

Raúl sonrió.

—Vamos. No me cargues.

—Te hablo en serio —confirmó Marta.

Raúl la miró a los ojos. Conocía bien a su esposa y se dio cuenta de que hablaba muy en serio. Pero él no creía en el monstruo.

—Escúchame, Martita —le dijo abrazándola—, te habrá parecido, sabes.

Ella no lo dejó terminar. Se zafó del abrazo y se levantó, enojada.

—¡Te digo que lo vi! —le repitió—. Y si no me vas a creer, no te cuento nada.

Raúl también se levantó. Volvió a abrazar a su mujer y la tranquilizó.

—Está bien. Perdón. Sientate y cuéntame, dale.

Marta le contó toda la historia, sin olvidar ningún detalle. Su salida de la casa, la nota que le dejó escrita, el pedrazo a la máquina y, por supuesto, todo lo que sintió al ver al monstruo. Hizo una descripción lo más precisa que pudo,

aclarándole a su mando que estaba oscuro y no podía ser demasiado exacta.

—De lo que estoy segura —le dijo sirviéndose el enésimo té— es que no es ni de lejos como contaron Adolfo y José. Para nada. Yo *no* le vi garras, ni colmillos. Es peludo, eso sí, y muy grande. Tiene unos ojos enormes. ¡Y tenía cara de asustado!

Raúl escuchaba en silencio, cada vez más sorprendido. De pronto se le ocurrió una idea.

—¿No sería un oso, Mar?

Marta volvió a enojarse. Raúl se dio cuenta y se disculpó.

—Sí, supongo que sabes muy bien cómo es un oso. Pero qué quieres... es muy difícil aceptar que estamos prácticamente conviviendo con un monstruo. Hasta ahora lo más parecido a un monstruo que vi en Los Tepuales es el intendente.

Marta se rió. Se abrazaron. En ese momento entró Manlí que, insólitamente, ese día había madrugado.

—Ejem, ¡buen día! —sonrió la niña, viendo a sus padres abrazados.

Los tres se sentaron en el sillón. Raúl miró a Marta por sobre la cabeza de Manlí y le hizo

una seña con las cejas, como diciéndole «ojo, por ahora no le digamos nada». Marta aceptó, también con un gesto.

Sin embargo, Marilí ya había notado que algo raro pasaba. Tenía, como tienen todos los chicos, una especial intuición para saber lo que los padres no quieren que sepan. Los miró a los dos y siguiendo esa intuición de niña hizo como que no se había dado cuenta de nada y se fue a su cuarto.

Marta se despidió de su esposo, que tenía que ir al dispensario, y le pidió que la cubriera por un rato. Pensaba acostarse un par de horas para después ir a trabajar más descansada. Marilí la vio dirigirse a la pieza y fue tras ella. Apenas la madre se metió en la cama, entró.

—Ma. —empezó a decir.

—¿Qué, hi? —respondió imitándola.

—¿Qué pasó anoche?

—¿Anoche? —disimuló Marta—. Nada, Marilí. Ah, sí, vinieron a buscar a tu padre para atender a un accidentado.

—¿Nada más? —insistió Marilí, clavando los ojos en los de su madre.

Marta se rindió. No podía -m quería— mentirle a su hija.

—Sí, algo más pasó. Pero no se lo cuentes a nadie, ¿sí?

Marilí corrió a sentarse en la cama y escuchó el relato. Cuando Marta terminó, Marilí la abrazó con fuerza y le dio un gran beso.

—¡Eres re-valiente, mami!

Marta sonrió, contenta.

—Ahora duérmete, ma, yo voy a hacer unos deberes —dijo la nena y volvió a su cuarto.

Se sentó en el escritorio, abrió las carpetas, tomó un lápiz y empezó a hacer garabatos. No podía concentrarse. Ahora era ella la que tenía una idea. Necesitaba un ayudante, era indispensable que hablara con Pedro. Sí -se dijo resuelta-, ahora mismo tengo que hablar con Pedro.

XII
MARILÍ Y PEDRO

No bien Marilí comprobó que su madre se había dormido, salió de la casa en silencio y se dirigió a lo de su amigo. Para su alegría la tía Cata había salido a hacer las compras y los dos se pusieron cómodos en la cocina: Pedro sentado sobre la mesada, comiendo un sándwich, y Marilí yendo y viniendo a lo largo de la angosta cocina, incapaz de detener su entusiasmo.

—Mi mamá me lo confirmó, Pedro —decía la niña—. ¡El monstruo existe!

—¡Qué -ñam- novedad -ñam-! —le contestó Pedro entre dos mordiscos.

—Bueno, pero yo no estaba segura.

—Y ahora sí.

—Sí, ahora sí.

—Así que cuando yo te lo contaba, tú no me creías —se ofendió Pedro.

Marilí lo pensó un poco y pronto tuvo la respuesta.

—Pero tú no lo *viste* nunca, y mi mamá sí.

Ahora era Pedro el que no tenía respuesta. Pensó un poco, masticó otro poco y al fin se rindió.

—Está bien, tienes razón —dijo con un resoplido—. ¿Y ahora qué quieres hacer?

Ésa era la pregunta que Marilí estaba esperando. Prácticamente sin tomar aire le contó todo lo que había planeado un rato antes en su cuarto: si sus padres habían fracasado, ella, en cambio, tendría éxito. Tenían que ir a La Margarita, sacar fotos, hacer dibujos y, de ser posible, conversar con el monstruo.

Al oír esto último, Pedro casi se cae de la mesada. Dejó el pedazo de sándwich que le faltaba comer y, abriendo los brazos, estalló.

—¡Conversar con el monstruo! ¡Tú estás chiflada! ¡Conversar con el monstruo! Es como si una oveja quisiera conversar con un lobo, como si el ciervo charlara con el león, como...

—¡Bueno, basta —lo cortó Marilí—, deja las comparaciones! Mi mamá me dijo que el monstruo tenía cara de susto: no'es tan león, ni tan lobo. Además yo creo que no vamos a hablar con él, nada más lo vemos.

Pedro no estaba convencido. Volvió a agarrar

el sándwich, mordisqueó un poco, pensó y al fin entendió qué era, justamente, lo que no entendía.

—Marilí —dijo serio—, ¿me quieres decir para qué? Tu papá no creía en el monstruo, entonces fue a ver que no estaba. Tu mamá tampoco, y lo encontró. Tú sí crees. Yo también. Los monstruos son malos, si no, no serían monstruos, entonces: ¿me quieres decir para qué quieres ir?

Marilí se quedó callada. De pronto se había dado cuenta de que su amigo tenía razón. Ella sabía —estaba réquetesegura— que quería ir. Pero no sabía por qué. Quería porque quería, y punto. Pedro la miró con cara de triunfo. Si Marilí no le contestaba era porque no sabía qué decir. A ella le enojó la cara triunfal de su amigo y por eso decidió atacar su punto débil: el orgullo.

—Tienes miedo. ¡Tienes miedo!

Pedro se puso colorado. Quería contestar, pero no se le ocurría nada. Marilí seguía con lo mismo.

—¡Tienes miedo! Si no tuvieras miedo, irías y listo.

Ahora era Pedro el que estaba enojado. Miedo también tenía, claro, pero no iba a confesárselo a su amiga, ¡ni loco!

—Nada de miedo —dijo—. Si quieres ir, vamos. Pero después a aguantarse, ¿eh?

Marilí saltó de alegría. Lo abrazó y le estampó un beso en la mejilla. Pedro se puso rp^p.

—¡Ya! —protestó, aunque le había gustado—. ¿Cómo hacemos?

Marilí se apoyó en la mesa, sacó un papel escrito y dibujado por todos lados y se puso a explicar. Lo había pensado todo. Tenía que ser el domingo, que era el día de la fiesta de Los Tepuales. Ese día, como cada aniversario del pueblo, se organizaba una caravana de bicicletas en la que participaban todos los chicos, los adolescentes y muchos padres. Marilí sabía que la tía Cata nunca andaba en bicicleta y que sus padres no podrían ir porque a Raúl le habían robado la única bicicleta grande la noche de la expedición. El domingo era el día. A la primera oportunidad, los dos se desviarían del camino de la caravana y enfilarian con rumbo a La Margarita. No podían fallar, esta vez sería la definitiva.

La mañana del domingo amaneció espléndida. Pocos minutos después de las nueve, una gran cantidad de chicos y no tan chicos, con sus bicicletas, llenaron la plaza, engalanada de banderas y globos. El intendente empezó un largo discurso para inaugurar la nueva caravana, pero al ver que entre el bullicio de los chicos y el ir y venir de los organizadores nadie le hacía caso, resolvió dejar el discurso por la mitad y cortar la cinta de largada para que la marcha comenzara.

Como todos los años, la recorrida consistía en dar una vuelta completa al pueblo, luego salir por la ruta hasta un campo vecino, hacer allí un alto para almorzar y regresar a la plaza, donde se sorteaba una bicicleta entre todos los participantes.

Adelante iban los organizadores; entre los chicos, los encargados de la seguridad, y al costado de la caravana, avanzando a paso de hombre, marchaba

el camioncito preparado para cargar las bicicletas rotas o pinchadas, y a los ciclistas que se quedaban a pie.

Pedro y Marilí se ubicaron casi al final. Ella no podía contener la emoción, él, en cambio, se debatía entre el temor al monstruo y el entusiasmo por la aventura.

Al llegar a una esquina, se produjo un amontonamiento: alguien se había caído, provocando un pequeño choque. Marilí le hizo una seña a Pedro y ambos, aprovechando la confusión, abandonaron la caravana, escondiéndose entre unos arbustos.

—¿Y ahora? —preguntó Pedro.

—Dejemos que la caravana se vaya y salimos por el camino de tierra hasta La Margarita.

—¿Estás segura?

—Por supuesto. No tengas miedo.

—¿Y si el monstruo nos agarra?

—No pasa nada, Pedro —intentó tranquilizarlo Marilí—. ¿Dónde viste que un monstruo esté levantado un domingo por la mañana?

Pedro meneó la cabeza, resignado: Marilí estaba decidida y no había forma de persuadirla.

Poco rato después, las últimas bicicletas de la caravana se perdieron de vista y los dos chicos

partieron en sentido contrario. Pedalearon un buen rato por el camino de tierra y al fin se encontraron con la cerca semicaída de La Margarita.

—¿Dejamos las bicis acá? —propuso Pedro—
Marilí lo pensó un poco.

—Bueno —dijo después—. Mejor si entramos caminando.

Apoyaron las bicicletas en la cerca y caminaron por la senda cubierta de pastos que llevaba hasta la casona. No se oía ni un solo ruido. Si el monstruo estaba, estaba dormido.

Dieron una gran vuelta alrededor de la casa y se encontraron con los restos del auto rojo. Se acercaron despacio. Adentro había unos cueros y algunos palos, pero nada más.

Pedro juntó coraje.

—Bueno —dijo—, ya que estamos acá, entremos.

Marilí tenía un poco de miedo, pero ahora no se iba a echar atrás.

—Vamos, sí —dijo, intentando sonreír.

Tomados de las manos, los dos se metieron en la casa. Tropezaron un par de veces con los escombros y se detuvieron en la cocina. Revolvieron los troncos medio quemados que alguna vez habían

sido parte de una fogata y después se metieron en las piezas. De los techos colgaban algunos murciélagos dormidos, y cada tanto tenían que apartarse telas de araña de las caras. No había ninguna diferencia con una casa abandonada cualquiera, y del famoso monstruo no se veía ni rastro.

Salieron decepcionados. Marilí se acordó de la cámara que llevaba en la mochila y sacó algunas fotos. Luego le sacó a Pedro y se hizo retratar apoyada en el auto rojo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Pedro luego de la sesión fotográfica.

—No sé —dudó Marilí—. ¿Nos vamos?

—Yo tengo hambre. Sí, mejor vámonos.

Volvieron por la senda y a unos cuantos metros de la cerca ella lo desafió:

—¡Una carrera hasta las bicis! —gritó—. ¡A que te gano!

Pedro salió disparado, dejando a Marilí atrás. Llegó primero a la cerca, la trepó en dos pasos y se dio vuelta, triunfal. «Te gané», iba a gritar, cuando las palabras se le helaron en la boca. Marilí había quedado del otro lado de la cerca. Estaba muy quieta, como paralizada. A su lado se bamboleaba la enorme y peluda silueta del monstruo.

XIV HACIA EL PUEBLO

Desde la cerca, con la bicicleta temblándo- le en las manos, Pedro vio cómo el monstruo extendía unos de sus brazos y agarraba a Marilí por los hombros. Quiso gritar, saltar, hacer algo, pero estaba inmóvil, mudo, sin ideas. Le parecía que el monstruo iba a comerse a su amiga. O a matarla. Pero eso no pasó. No aún, al menos así le pareció a Pedro. Sin esfuerzo alguno el monstruo se llevó a Marilí hacia la casona, cruzando por entre los árboles del bosquecito, y Pedro ya no pudo verlos. Recién entonces reaccionó. Podía saltar la cerca, agarrar una piedra, un palo, y atacar al monstruo para defender a Marilí. Dio un paso hacia la cerca y cuando empezó a subirla comprendió que era una locura. Tal vez lo único que conseguiría era enfurecer a la bestia. Lo mejor que podía hacer era ir al pueblo, avisarles a todos lo que había pasado y traerlos al rescate de Marilí.

No tenía tiempo para perder. Subió a la bicicleta y salió a toda velocidad por el camino de tierra. El miedo de que algo le pasara a Marilí lo empujaba como un viento. Iba tan rápido y tan desesperado que al llegar al asfalto de la ruta tomó la curva como venía, sin aminorar el pedaleo: el manubrio se le escapó de las manos y la bicicleta se fue resbalando hasta la cuneta, unos metros por debajo de la ruta. Pedro quedó ahí tirado, con las piernas y las manos lastimadas y momentáneamente inconsciente.

Mientras tanto, la caravana había llegado hasta el campo donde se detenían a almorzar. De a grupos los chicos fueron sacando comidas y bebidas de las mochilas y se acomodaron en el pasto. Uno de los grupos estaba integrado por varios de los chicos del sexto de Pedro y Marilí. Hugo, uno del grado, preguntó por ellos. Nadie los había visto. Era muy raro. Lo pensaron un poco y decidieron que lo mejor era avisarles a los organizadores. Caminaron hasta el camioncito de las bicis rotas y comprobaron que allí tampoco estaban sus compañeros. El chofer del camión los vio buscar algo y se les acercó.

—¿Qué pasa, chicos? ¿A quién buscan?

Ellos le explicaron al chofer lo que estaba pasando y enseguida dos de los organizadores se sumaron a la búsqueda. Por supuesto, no los encontraron, y el jefe de la caravana decidió pedirle a uno de los muchachos de la seguridad que fuera hasta el pueblo, a ver si Pedro y Marilí habían vuelto a sus casas.

En la cuneta, al poco rato, Pedro fue reaccionando de a poquito. Se sacó la bici de encima y se revisó las lastimaduras. Le ardían las manos y las piernas, pero no tenía nada roto. Dejó la estropeada bicicleta ahí donde estaba y empezó a caminar por la ruta, medio renqueando, rumbo al pueblo. Cuando ya llegaba a la entrada oyó que lo llamaban. Era el muchacho de la caravana, que venía pedaleando por la misma ruta.

—¿Qué pasó? —preguntó, bajándose de un salto.

Pedro le contó todo como pudo, haciendo fuerza para no largarse a llorar. El muchacho lo subió al caño de su bicicleta y así entraron a Los Tepuales. Iban a la casa de Marilí. los padres de la niña revisarían a Pedro y, seguramente, organizarían el rescate.

XV
UN GRUPO FURIOSO

Cuando Raúl vio llegar al amigo de su hija y lo miró a la cara supo de inmediato que algo malo estaba sucediendo. El muchacho que acompañaba a Pedro quiso explicarle lo que pasaba, pero Raúl no le dio tiempo.

—¿Qué pasó? —preguntó agachándose junto al niño—. ¿Dónde está Marilí? ¿Qué le pasó a mi hija?

Desde la cocina Marta oyó los gritos de su marido y salió a la carrera. Ella también se sumó al interrogatorio.

Al fin Pedro pudo explicarles. Raúl no lo podía creer.

—¿Pero cómo, cómo hacen eso? —estalló—. ¿Y ahora?

Marta intentó tranquilizarlo. Estaba tan preocupada como su mando, claro, pero por alguna razón que no alcanzaba a entender del todo, no

tenía miedo. Quizás recordaba la cara asustada del monstruo y le parecía que no era peligroso. Pero igualmente estaba preocupada.

—Tratemos de tranquilizarnos —dijo Marta—. Hay que ir a buscarla, pero no solos. Vamos hasta la Intendencia y juntemos a la gente.

En el preciso momento en que llegaron al Municipio, el intendente estaba levantando su copa para brindar una vez más por el aniversario de Los Tepuales. En la larga mesa dispuesta en el patio de la Intendencia se encontraban todas las autoridades del pueblo, junto con los vecinos más destacados. Marta interrumpió el almuerzo.

—Señores —casi gritó, con el último aliento de la carrera—. Mi hija está en La Margarita. Pedro vio cómo el monstruo se la llevaba. Tienen que ayudarnos.

El intendente y los demás comensales se quedaron helados. Un silencio total ganó la mesa, hasta que al fin uno de los vecinos reaccionó.

—¡Vamos! —gritó, decidido—. ¡Vamos ya!

El grito sacó a todos de la inmovilidad. De inmediato se pararon los hombres y mujeres que compartían el almuerzo y se pusieron en camino. Era un ir y venir desordenado y ruidoso. El intendente

llamó al comisario y le ordenó traer los dos patrulleros del pueblo y la camioneta de los bomberos. Uno de los secretarios mandó a un cadete a gritar la novedad por las calles y en pocos minutos Los Tepuales estuvo enterada, al llegar a la salida del pueblo el grupo de rescate era una pequeña multitud de más de cien personas, algunas muy alteradas, armadas con palas y picos y dispuestas a todo para recuperar a la niña.

Raúl y Marta, comprendiendo que la violencia podía resultar peligrosa para su hija, intentaron calmarlos.

—Por favor —pedía Raúl a los gritos—, por favor, no se precipiten. Vayamos rápido, pero no perdamos la calma.

—Dejen que el comisario organice el rescate —gritaba Marta—. ¡Que el monstruo no se enoje ni se asuste!

Pero prácticamente nadie los escuchaba. Parecía que tantos años de temor y de encierro al fin habían explotado en los tranquilos tepualeses, que de pronto ya no estaban dispuestos a soportar los ataques del monstruo. Pensaban rescatar a Marilí como fuera, y derrotar al monstruo de la única forma total y definitiva: matándolo.

XVI MARILÍ Y EL MONSTRUO

Al principio, cuando el monstruo se acercó a Marilí, ella ni lo había visto ni lo había oído, tan concentrada estaba en ganarle la carrera a Pedro. Pero de pronto sintió la enorme presencia a su lado y se detuvo, fascinada. El monstruo era enorme, parecía un oso flaco y peludo, y tenía un fuerte olor a cuero viejo. Marilí se quedó quieta, mirándolo, mientras Pedro trepaba la cerca y pasaba del otro lado. Aquel ser se acercó como se acercan los animales curiosos, olfateando el aire alrededor de la niña y como sorprendido de que ella no se moviera ni hiciera ningún ruido o gesto. Estiró una de sus manazas, con mucho cuidado, y la apoyó en un hombro de Marilí. La niña se sobresaltó, pero no corrió. El monstruo le mostró los dientes, como si sonriera, y ella sonrió tímidamente y avanzó hacia él un par de pasos. Juntos caminaron dentro del bosquecito. Marilí no sabía por qué, pero no sentía

miedo: el famoso engendro le parecía tan sólo un animal grande y curioso, una bestia que quizás podría resultar peligrosa, pero que no la estaba atacando. Y comprendió de inmediato que el monstruo estaba solo, terriblemente solo.

Llegaron a la casona y el monstruo la empujó con torpeza hacia adentro. Marilí trastabilló, pero siguió adelante sin enojo, tomándolo como una invitación, como si aquel ser fuera un amigo nuevo que la llevaba a recorrer su casa. Pasaron por la sala donde dormían los murciélagos, por la vieja cocina llena de leña quemada y luego por un húmedo pasillo que iba hasta el baño. Marilí se sorprendió. Con Pedro habían pasado por allí por lo menos dos veces y no lo habían visto, tan bien escondido estaba. El monstruo agachó su cabezota peluda y entró. Una vez adentró emitió un corto gruñido: era una nueva invitación, que Marilí aceptó de inmediato.

El baño en ruinas era la nueva habitación del monstruo. Había palos viejos y quemados esparcidos por todo el piso y también montoncitos de leña nueva lista para ser usada. Había restos de comida en los rincones y reservas almacenadas sobre lo que alguna vez fuera una pileta, y en la enorme bañera de

porcelana, un desprolijo amontonamiento de cueros y paja reemplazaba a la cama.

Marilí tomó asiento en el inodoro caído de costado y volvió a sonreír. El monstruo intentó imitarla, aunque tan sólo le salió un gruñido) corto y ahogado y una mueca bastante cómica. Con precaución ella alargó la mano y agarró una de las zarpas de la bestia. La miró con atención, esperando ver las garras poderosas, pero no las encontró; debajo de la corteza de mugre y barro seco esas manos parecían humanas.

Al rato salieron del refugio. Marilí estaba tan confiada que no esperó a que el monstruo la invitara, sino que fue ella la que se paró y se hizo seguir. Con el monstruo detrás recorrió toda la casa, por dentro y por los corredores exteriores. Luego se acercó al volcado auto rojo, abrió con cuidado la puerta abollada y se metió adentro. El monstruo la miraba desde fuera. Quizás no le gustaba demasiado que la niña anduviera revolviendo, pero parecía resignado.

Marilí abrió la guantera y sacó una cartenera de cuero, muy vieja. La sacudió y después corrió el cierre oxidado. De la cartera extrajo un bollo de papeles mohosos, unas llaves todavía más oxidadas

que el cierre y unos cartones amarillos que parecían fotos antiguas. Marilí las miró. Miró al monstruo. Volvió a mirarlo con más detenimiento y una sospecha empezó a crecerle en la cabeza, hasta que le estalló en un grito de sorpresa. Salió del auto como loca y tomó al monstruo de las manos. Abrió la boca para hablarle por primera vez y en ese momento le llegaron los ruidos, lejanos al principio y más fuertes después. El grupo de irritados tepualenses había dejado atrás la cerca de La Margarita y avanzaba hacia la casa. Adelante iban el comisario y uno de sus oficiales, con armas en las manos.

XVII

La CAPTURA

Todos los esfuerzos de Marta y de Raúl para calmar al grupo habían sido en vano. Nadie los escuchaba. Los tepualenses habían recorrido el camino desde el pueblo hasta la estancia abandonada con un odio cada vez mayor, como si cada paso que los acercaba al monstruo trajera a sus mentes el recuerdo de las noches de encierro, de los supuestos desastres que el monstruo cometía, de las ofrendas que se sentían obligados a hacer para no ser atacados. Los años de temor se habían convertido en un brote de furia y el rapto de Marilí había colmado la medida. Los tepualenses estaban decididos tanto a rescatar a la niña como a terminar de una vez y para siempre con la amenaza que los acechaba en el arroyo.

Ante las circunstancias, el intendente no había tenido más remedio que plegarse al grupo, y aunque él era el único que compartía las ideas

prudentes de los padres de Marilí (claro que por razones muy distintas), no se atrevía a poner orden o intentar detener a los enojados vecinos. Los tepualenses apenas si aceptaban que el comisario y sus oficiales fueran al frente de la marcha, y eso tan sólo porque los uniformados eran los únicos que llevaban armas de fuego.

Al verlos llegar, Marilí comprendió el peligro que corría el monstruo. Aunque los vecinos todavía estaban lejos, la niña adivinaba en sus gestos que no aceptarían ningún tipo de explicación. Miró al monstruo, inmóvil junto al auto, y al fin le habló.

—Huye —le dijo—. ¡Rápido!

El monstruo no se movió. Marilí lo miró a los ojos y vio en ellos que él también tenía un gran cansancio: como los tepualenses, estaba harto de las escondidas, de las noches de soledad, de los encierros.

—¡Huye! —volvió a gritarle Marilí, empujándolo—. ¡Van a matarte!

Pero el monstruo seguía inmóvil. Marilí se desesperó.

—Vete, tonto —gritó, casi llorando. Luego agarró un palo y lo levantó, amenazante.

—¡Si no te vas te pego! —dijo avanzando hacia él, blandiendo el palo sobre su cabeza.

El monstruo estiró la mano, muy despacio. O no entendía, o no quería entender. Marilí se mordió los labios y le pegó un palazo en los nudillos. El monstruo gruñó. Marilí avanzó otra vez.

—¡Te vas! —le gritó nuevamente, fuera de sí.

Recién entonces reaccionó el monstruo. Dio un paso hacia atrás, otro, trató de regresar, pero como la niña volvió a levantar el palo meneó la cabeza con tristeza y se decidió a correr hacia el bosque.

—¡Más rápido! —gritó la nena, pero esta vez la oyeron también los tepualenses.

—¡Es Marilí! —exclamó uno de los oficiales.

—¡Rápido, rápido! —gritaron varios.

Rodearon la casa, guiados por el grito y encontraron a Marilí apoyada en el auto, con el palo caído junto a sus pies.

—¿Dónde está? —le preguntó el comisario.

La nena no respondió.

—¡Por allá! —gritó alguien y enseguida resonó el primer disparo.

—¡No! —gritó Marilí, llorando. Raúl y Marta llegaron junto a ella y la abrazaron. Marilí no se quedaba quieta.

■ ■

XVIII SORPRESAS

Cuando Marilí se soltó de sus padres y salió a la carrera hacia el lugar de donde provenían los disparos, Raúl y Marta, completamente sorprendidos, se quedaron helados. Luego, sin entender todavía lo que le pasaba a su hija, corrieron tras ella. En la entrada del bosque la encontraron forcejeando con un oficial que le impedía el paso: unos metros más allá un grupito de contentos tepualenses traía el cuerpo del monstruo envuelto en una lona. El intendente caminaba adelante, sonriente y triunfal. Cerca de Marilí y sus padres levantó un brazo para pedir silencio y habló con su mejor voz de discurso.

—El problema ha terminado —empezó a decir—. Hoy los tepualenses hemos vencido...

Marilí lo interrumpió con un grito.

—¡No tenían que matarlo! ¡El no hizo nada!
El intendente la miró extrañado.

—¿Cómo que no hizo nada? ¿No te raptó,
acaso?

—¡No! —volvió a gritar Marilí—. ¡Yo vine
sola!

—Bueno, bueno. —tosió el intendente—, en
fin. El problema se terminó —repitió. Hizo una pausa y
miró a Marilí. —Pero no está muerto, sólo herido. En el
pueblo veremos qué es lo que se puede hacer.

Marilí quiso acercarse, pero otra vez no la
dejaron. Entre dos oficiales llevaron al monstruo hasta la
camioneta de los bomberos y en ella lo trasladaron al
pueblo.

—¿Quién lo va a atender? —quiso saber
Raúl.

—Ya veremos. Usted es médico, pero no
monstruólogo, ¿verdad? —lo palmeó el intendente,
sonriendo burlón.

Los tepualenses ya se habían calmado y len-
tamente regresaban al pueblo, algunos con la idea de
agregar un nuevo motivo al festejo del aniversario: la
victoria sobre la bestia del arroyo.

Marilí, por supuesto, no compartía estas ideas.
Tomada de las manos de sus padres caminaba entre
ambos con la cabeza baja y en silencio. Se

había calmado un poco y decidió que debía contarles lo
que había sospechado.

—Escuchen —les dijo en voz baja, haciendo
que ellos se agacharan—, es un secreto. Tenemos que
hacer algo.

Cuando terminó de contar la historia, Marta y
Raúl estuvieron de acuerdo con su hija. Di-
simuladamente se fueron quedando atrás y regresaron al
auto abandonado. Marilí recogió los papeles que había
encontrado y se los dio a su padre.

—Ahora entiendo, claro —dijo admirado
Raúl, después de echarles una ojeada—. Mira, Marta.

Marta tomó los papeles y los miró con
atención, meneando la cabeza.

—Tenemos que apurarnos —dijo—. No hay
tiempo que perder.

Mientras tanto, en el salón del Municipio, el
intendente y sus colaboradores tampoco perdían
tiempo. Se habían reunido ahí por orden del jefe de la
comuna, que les estaba explicando lo que pasaba.

—Tenemos mucha suerte —decía el
intendente— de que «el monstruo», ustedes me

entienden, esté acá, en la guardia. Es un peligro. Los que lo vieron estaban tan excitados por la persecución que no se dieron cuenta de nada, pero yo sí me di cuenta. Ese monstruo es una amenaza: podemos convertirnos en el hazmerreír de toda Los Tepuales. O algo peor. Con el monstruo en la calle, no tendremos forma de explicar las máquinas de Twamn, y algunas otras cosas que ustedes saben. Hay que llevárselo lejos. Que nunca más aparezca por Los Tepuales. Acompáñenme.

Los secretarlos lo siguieron hasta la guardia de la Intendencia. El monstruo estaba encerrado en una pieza, atado a la cama en la que se reponía. Le habían hecho una curación de emergencia y ya no perdía sangre. Para su suerte la bala sólo le había atravesado un hombro y estaba fuera de peligro.

Al verlo dormido los funcionarios se quedaron boquiabiertos. La secretaria de Cultura intentó desmayarse, pero el intendente la frenó a tiempo.

—¡No es el momento, señora! —le dijo muy serio, y la señora Claridad López de Maqui- roli se repuso en el acto.

—Perdón —pidió avergonzada, y ahí se quedó, parada junto a la cama del monstruo.

—¿Ven lo que les dije? —volvió a decir el

intendente—. Uno o dos días para que se cure del todo y chau, una noche de éstas lo metemos en un auto y lo llevamos lo más lejos que se pueda.

fV,

La noticia de la captura del monstruo del arroyo excedió muy pronto los límites del pueblo. Desde la mismísima capital llegaron a la olvidada Los Tepuales los camiones de la televisión y la radio, llenos de equipos, de especialistas técnicos y, por supuesto, de periodistas. La vereda de la Intendencia se había convertido en un caos de cables, de luces, de micrófonos y cámaras. Por entre esa jungla deambulaban los enviados especiales y los curiosos del pueblo, a la caza de la última novedad. Pero el intendente, al que todos esperaban, no se hacía ver. Se había conformado con enviar a su secretario de Prensa, quien abriéndose paso a empujones se paró sobre un banquito y leyó a los gritos la brevísima declaración de su jefe: «En atención al interés científico, el monstruo del arroyo permanecerá encerrado hasta que los especialistas puedan examinarlo». Los periodistas se le fueron encima: estaba claro que

no iban a conformarse con tan poca cosa. Pero el secretario permaneció mudo, y mudo se escapó de nuevo hacia la Intendencia.

Los periodistas estaban decepcionados. De pronto uno de ellos chasqueó los dedos: *

—¡Lo tengo! —gritó como si hubiera descubierto la pólvora—. ¡La chica raptada! ¡Hagámosle la nota a la chica raptada!

Sin pérdida de tiempo el grupo entero empezó a moverse rumbo a la casa de Marilí. Desde la ventana de su despacho el intendente los miró partir. —Al fin se van —dijo, aliviado.

Uno de sus ayudantes emitió un suspiro desconfiado:

—No sé qué es peor, señor. Van a ver a la nena de los médicos. El intendente sonrió.

—Lo suponía —dijo—. Pero no se preocupen: yo ya tomé mis precauciones.

En el mismo momento en que el intendente hablaba con sus ayudantes, Raúl escuchó dos fuertes golpes en la puerta de su casa. Abrió sonriendo: esperaba encontrarse con el periodismo y pensaba que era la mejor oportunidad de decirle no sólo al pueblo, sino a todo el país, la verdad de lo que estaba sucediendo en Los Tepuales. Pero al abrir, la sonrisa

se le heló en la cara, en la puerta, en vez de los bulliciosos periodistas, se encontraban cuatro de los oficiales de la patrulla antimonstruos. Dos de ellos, casi de prepo, se metieron en la casa.

—Permiso —dijo el que parecía ser el jefe, y sin esperar respuesta en dos zancadas estuvo en medio de la sala.

—El intendente nos manda para evitarles problemas. Por ahora no deben recibir al periodismo. Después, cuando las cosas se aclaren, podrán hacerlo.

—Esto es un atropello —protestó Raúl.

El oficial meneó la cabeza.

—Lo lamento, doctor. Mi deber es garantizar que ustedes se queden aquí. Nosotros los cuidaremos.

—¿Cuidarnos?! —explotó Marta—. ¡No necesitamos que nos cuiden!

El oficial volvió a menear la cabeza.

—Lo siento, doctora. Órdenes son órdenes.

Viendo lo que pasaba desde su pieza, Marilí no lo pensó dos veces. Se puso la chaqueta, saltó por la ventana que daba al patio y en un instante se encontró en la calle. No podía perder tiempo esperando a los periodistas. Pedro tendría que ayudarla. Pedro y los demás chicos.

Corriendo, Marilí llegó en minutos a la casa de su amigo. Dio la vuelta por la parte trasera y le golpeó la ventana del cuarto. Al tercer golpe, la ventana se abrió para dejarle paso a la sorprendida cara de Pedro.

—¡Marilí! ¡Qué suerte que estás bien! —exclamó, muy contento.

—¡Shh! —lo calló Marilí—. Tenemos que hacer algo.

—Pero.. —quiso protestar Pedro. Marilí no lo dejó.

—Ningún pero. Sal, ¡rápido!

Pedro alzó las cejas, resoplando. Estaba visto que Marilí no iba a dejarlo tranquilo. Arrimó una silla a la ventana, pisó en ella y saltó al otro lado.

—¿Y ahora qué pasa, Marilí? —preguntó no de muy buen modo.

—Tenemos que buscar a los chicos —le respondió Marilí, sin hacerle mucho caso—. ¡Hay que salvar al monstruo!

—¡Salvar al monstruo! ¡Ésta sí que es buena!
—refunfuñaba Pedro y resoplaba cada vez. Marilí,
corriendo a su lado, no le hacía ningún caso.

—¡Tú estás cada vez más chiflada! ¿Me
quieres decir adonde vamos?

—A la plaza —le contestó Marilí, sin
detenerse—. ¡Rápido!

—Si no me explicas, no voy —dijo Pedro,
parándose de golpe.

Marilí también se detuvo. Le puso una mano
en el hombro y lo miró, seria.

—Te prometo que en la plaza te explico.
Vamos.

—¡Ta bien —volvió a resoplar Pedro, y si-
guió corriendo detrás de Marilí.

Todavía no atardecía y la plaza estaba llena
de chicos. Había algunos del sexto de Pedro y Marilí,
dos o tres de la secundaria, cuatro de séptimo y

varios de quinto y cuarto. Pedro, que llegó primero, los llamó a los gritos. Los más chicos no le hicieron caso y los grandes mucho menos. Apenas si los compañeros del grado se acercaron despacio.

—¡Escuchen! —gritó Marilí, que había llegado junto a Pedro.

Entonces sí fueron todos. Después de su aventura con el monstruo, la nena se había convertido en la chica más famosa del pueblo, y todos querían escuchar lo que ella sabía. Hasta los grandes del secundario dejaron de jugar al fútbol y se acercaron.

Marilí les pidió que se callaran.

—Tienen que escucharme —empezó a decir—. El monstruo necesita ayuda.

—¿Qué?! ¡¿Cómo?! —exclamaron vanos, sin poder creer lo que oían.

—Pobrecita —susurró uno de los más chiquitos, de veras apenado—, se volvió loca.

Los grandes dieron media vuelta. Marilí volvió a gritar.

—¡Por favor, escuchen! ¡Tenemos que hacer algo!

Matías, uno de sexto, la miró a los ojos. Le pareció que Marilí estaba a punto de llorar.

—En serio, escuchen —pidió.

Marilí se paró en un banco. Poco a poco la fueron rodeando. Todos hablaban a la vez, preguntaban, opinaban, gritaban.

Matías volvió a gritar. Era famoso por su poderosa voz ronca, parecía un grande.

—¡Escuchen! —rugió.

Hasta los del secundario se callaron.

—Gracias —dijo Marilí, y repitió—: Hay que salvar al monstruo.

—¿Por qué? —preguntó una nena.

—¡Esol! ¿Por qué? —repitieron vanos.

—Porque, porque... —empezó a responder Marilí, pero las palabras no le salían. Abrió los brazos, se levantó en puntas de pie y por fin le salió lo que quería decir*

—¡Porque el monstruo no es un monstruo!

El murmullo volvió a crecer entre los chicos. Esta vez el que pidió silencio fue Martín, uno de segundo año.

—El monstruo no es un monstruo —repitió Marilí—. Escúchenme.

Ahora el silencio era total. En el centro de la rueda, gesticulando y moviendo los brazos como aspas, Marilí se atragantaba con las palabras. Los

chicos estaban inmóviles, con los ojos sallándoseles de las órbitas. La sorpresa era enorme, impresionante.

Cuando Manlí terminó de hablar, ya no hubo necesidad de pedir silencio: nadie decía nada, tan impresionados habían quedado. Por fin, Martín tomó la palabra.

—Es increíble —dijo— pero tiene razón, hay que ir a la Intendencia.

Marilí sonrió. Siempre había sabido que los chicos no iban a fallarle. Entre Matías, Martín y Ana Clara, una de séptimo, organizaron lo que había que hacer. En minutos el plan estaba terminado. Irían a la Intendencia todos juntos; ellos, los pequeños tepualenses que habían crecido en el temor al monstruo del arroyo, juntarían sus fuerzas para defenderlo. Eran una veintena de chicos decididos. No les iba a ser fácil, pero estaban seguros de que no los podrían parar.

—¡Vamos! —gritó Matías.

—¡Vamos! —repitieron los demás.

Mientras, en su despacho de la Municipalidad, el intendente parlamentaba con los funcionarios. Habían comprobado que el monstruo estaba casi completamente recuperado y por lo tanto no perde

rían más tiempo: apenas oscureciera lo sacarían de la cama, de la Intendencia y, por fin, del pueblo. No tendrían —estaban seguros— ningún problema.

De pronto el jefe comunal reparó en la secretaria de Cultura, que estaba en la ventana anorando hacia afuera. Tenía la boca abierta y señalaba a la calle como si estuviera viendo aparecidos. El intendente se acercó. Por la avenida principal, a pie, en bicicletas, en patines y patinetas, los veintitantos chicos de la plaza se acercaban sin hacer ruido. Venían derecho al Municipio, en absoluto silencio, y parecían tan decididos que el intendente, a pesar suyo, no pudo evitar un estremecimiento.

En la puerta misma de la Municipalidad, debajo de los ventanales donde se agolpaban los secretarios y el intendente, el grupo de chicos se detuvo. Marilí se subió sobre los hombros de Martín, que con ella encima se adelantó unos pasos. La nena hizo bocina con las manos y gritó en dirección al ventanal.

—Señor —gritó todo lo fuerte que pudo—, queremos hablar con usted. ¡Tiene que dejar al monstruo!

El intendente miró a sus colaboradores.

—Esto sí que es lo único que nos faltaba —se lamentó en voz baja.

—¡Estos mocosos! —protestó el secretario de Prensa—. Hay que echarlos lo más rápido posible, que si vienen los periodistas estamos fritos.

El intendente se asomó al balcón, poniendo su mejor cara de inocente.

—No te entiendo, linda —gritó—. ¿Qué es lo que quieres?

—¡Ya escuchó! —rugió el vozarrón de Matías—. ¡Suelte al monstruo!

El intendente sonrió.

—Chicos, está empezando a oscurecer. Váyanse a sus casas, sus padres deben de estar preocupados.

Los chicos no se movían de la puerta. El intendente dejó de sonreír.

—Está bien —amenazó, antes de cerrar el ventanal con un golpe—. ¡Si no se van por las buenas, se van a ir por las malas!

En la calle, los chicos rodearon a Martín, que parecía haber tomado las riendas del asunto. Pero a Martín no se le ocurría nada. Entonces fue cuando habló Pedro.

—Vamos a hacer de cuenta que nos vamos, de a pocos. Nos escondemos entre los árboles, damos la vuelta y entramos por el estacionamiento.

—¡Un movimiento de pinzas! —aprobó uno de los chicos más chicos, fanático de las películas.

Poco a poco se pusieron en marcha. La idea de Pedro era realmente muy buena.

Desde su despacho el intendente, que veía

como los chicos empezaban a irse, sonrió aliviado.

—Por suerte ya se van. Ahora, rápido, hay que sacar al monstruo.

Sin perder un instante los secretarios y al jefe en persona bajaron hasta la guardia. Atirieron la puerta y zamarrearon al monstruo, que todavía dormía. El monstruo se despertó asustado, pero no tuvo tiempo de reaccionar- el secretario de Prensa le tapó la cara con una capucha, el de Transportes le ató las manos a la espalda y entre los dos lo levantaron de la cama. El intendente dio la orden final.

—Al estacionamiento —indicó con un gesto—. Lo subimos al auto, y a otra cosa.

Los secretarios sonrieron, seguros. La cosa les estaba resultando fácil. En silencio dejaron el edificio por la puerta de atrás y cruzaron la explanada del estacionamiento.

—A mi auto, que es el más grande —dijo el secretario de Prensa—. Vamos, que no hay nadie.

Pero se equivocaba, claro. Detrás de los coches estacionados se habían escondido los chicos, y los veían venir. Sólo esperaban una señal.

—¡Ahora! —gritó Matías, y el grupo salió disparado de los escondites.

Cuatro o cinco chicos se colgaron de la ropa del intendente, otros cruzaron las bicicletas delante de tres secretarios que se habían rezagado y los demás avanzaron hacia el auto donde estaban metiendo al monstruo. Carlos, que era uno de los más corpulentos, empujó al que lo llevaba agarrado y enseguida otros cuatro chicos lo ayudaron. Ana Clara cortó las sogas que le ataban las manos y dirigió sus pasos. El pobre, todavía sin entender nada de lo que pasaba, gruñía asustado. Marilí se le acercó y le habló. El monstruo entonces pareció reconocerla y se agachó hacia ella. Marilí le quitó la capucha y el monstruo abrió la boca, como sonriendo.

—Vamos —le dijo Marilí.

Pero no era tan fácil. Los secretarios se habían repuesto de la sorpresa y ya había varios rodeándolos.

La confusa batalla había terminado en un empate: los chicos tenían al monstruo, pero no tenían salida. El intendente, con la cara transfigurada por el enojo, avanzó hacia Marilí.

—Mocosa malcriada —empezó a decir, pero tuvo que callar- la oscuridad del estacionamiento se iluminó de pronto y un nuevo grupo de

gente hizo su aparición en escena. Eran los periodistas, con sus cámaras y sus luces. Delante de ellos venían Marta y Raúl, corriendo.

XXII
LA ÚLTIMA SORPRESA

Cuando los dos oficiales de la patrulla anti-monstruos entraron en la casa de Marilí, Raúl y Marta supusieron que lo mejor era no resistirse. Confiaban en que, más temprano que tarde, las cosas se aclararían y, además, temían por la seguridad de su hija. Se tranquilizaron y decidieron esperar, aunque después de un rato, con todos los periodistas gritando desde la calle, se sorprendieron de que la pequeña no saliera de su cuarto para ver lo que ocurría. Raúl tuvo un presentimiento.

—Qué raro —le dijo a su esposa—. ¿Cómo es que Manlí no aparece? ¿Le pasará algo?

—Vamos a ver —le respondió Marta.

Los dos oficiales se miraron entre sí.

—No intenten nada raro —dijo el jefe.

Marta y Raúl ni siquiera se molestaron en contestarle. Golpearon a la puerta del cuarto de la niña y entraron, recién entonces comprendieron

por qué Manlí no aparecía, ya hacía un buen rato que la niña se había ido.

Entonces sí que no hubo palabras ni amenazas que los detuvieran. Sintiendo que su hija estaba en peligro, los dos médicos prácticamente pasaron por encima de los oficiales y salieron a la calle. Allí los otros dos oficiales se vieron atropellados por el montón de periodistas que se abalanzaban sobre el matrimonio. Raúl, comprendiendo que no podrían pasar por entre la maraña de gente y cableo, pidió silencio a los gritos y por fin logró que los periodistas se callaran.

—¡Por favor! —les gritó—. Mi hija se fue de la casa, pero creo que sabemos adonde. Acompáñennos, quizás nos puedan ayudar.

Demás está decir que los periodistas, ávidos de una noticia que justificara el largo viaje y la espera, corrieron a la par de los dos médicos, tropezando con los aparatos y los cables, tenaces como lo que eran: cazadores persiguiendo una presa que se les mostraba cada vez más esquiva.

Así llegaron a la Intendencia, guiados por Marta y Raúl. Encontraron el frente desierto del edificio y de pronto les llegaron los ruidos de la insólita batalla que se estaba desarrollando en el

estacionamiento. Volvieron a correr, y no pudieron ser más oportunos: si hubieran llegado unos minutos más tarde quizás se habrían encontrado con un grupo de niños derrotados, con un^liscuro del intendente y con la desagradable rMvedad de que el monstruo había desaparecido de Los Te- puales. Pero llegaron a tiempo, justo en el momento en que el intendente se disponía a arrebatar al monstruo de las manos de Marilí.

Frente a las luces encendidas, los grabadores en funcionamiento y las miradas inquisidoras del periodismo, el intendente se sintió intimidado. Retrocedió un par de pasos, ensayó una sonrisa e intentó explicar. Algunos periodistas le hicieron caso, pero la mayoría dirigió sus miradas al extraño dúo parado junto a un auto: la pequeña niña que parecía indefensa y que sin embargo estaba defendiendo al alto monstruo que tenía tomado de la mano.

Las luces los encandilaron. El ser se tapó la cara y gruñó.

—Tranquilo —le dijo Marilí—. Bajen las luces, por favor —pidió.

Las luces fueron bajando. El monstruo se quitó las manos de la cara y miró hacia adelante.



Un unánime ¡oh! tapó todos los ruidos del estacionamiento.

—No lo puedo creer —murmuró una periodista.

Marilí miró a sus amigos, que se habían acercado.

—Vieron —les dijo con una amplia sonrisa—. ¡Yo les dije que no era un monstruo!

EPÍLOGO

Frente a las cámaras de la televisión los periodistas de los distintos canales repetían, palabras más, palabras menos, una idéntica noticia.

—Así termina la historia del monstruo del arroyo —decía una periodista bajita—, un caso insólito que será tapa de todos los diarios, una aventura que empezó hace ya muchos años, con un accidente que...

Y así, en efecto, terminó la historia de la bestia del arroyo y empezó otra historia, muy pero muy distinta, sin tantas aventuras pero igualmente fantástica.

Creo que ya es el momento de que *yo*, sí, *yo*, el que escribe, explique cómo es que sé tanto de la historia del monstruo. Es bien fácil de explicar, pues esta historia es *mi* historia, ya que yo soy, o mejor dicho, *fuí*, el monstruo.

Como decía la periodista bajita aquella

noche, la aventura empezó hace más de veinte años, con un acontecimiento policial: el secuestro de un matrimonio y su pequeño hijo. De ese matrimonio no se supo nada más, aunque yo no pierdo la esperanza de encontrarlos. Los raptos sufrieron un accidente automovilístico y el pequeño niño quedó abandonado en el casco en ruinas de La Margarita. Quizás creyeron que estaba muerto, o quizás fueron ellos los que murieron: eso no lo sé, y tal vez no lo sepa nunca. Lo cierto es que ese niño herido, asustado y solo creció en la estancia; mudo, porque aún no había aprendido a hablar y defendiéndose de los peligros con el instinto de un animal solitario. Cuando creció, tapado con cueros, peludo, sucio, barbudo, fue muy fácil confundirlo con un monstruo.

De no haber sido por Marilí, por sus padres, por Pedro y los demás chicos quizás hoy sería, todavía, un monstruo deambulando por los bosques de Los Tepuales. Pero la valentía de esa gente hizo que se supiera la verdad, y que la historia cambiara. Muy poco después de la batalla del estacionamiento se presentó en Los Tepuales una de mis abuelas, que nunca había dejado de buscarme, y con ella recuperé mi esencia de ser humano y parte de mi familia. Aprendí a hablar, estudié y decidí un

buen día contar mi historia, que ya llega a su fin.

Ahora vivo en Buenos Aires, con mis abuelos. No dejo de visitar a mis amigos de Los Tepuales cada vez que puedo y, por cierto, debo aclarar que muchas cosas cambiaron en el pequeño pueblo. El intendente y sus colaboradores ya no están en sus cargos, porque fueron obligados a renunciar y a presentarse ante la justicia para rendir cuentas. Es más, me ha escrito Marilí que su padre piensa presentarse como candidato a intendente en las próximas elecciones, y parece que tiene muchas posibilidades de ganar.

Yo, en tanto, continúo aprendiendo a vivir como un hombre, busco todavía a mis padres y gozo del cariño de mis queridos abuelos. Sé que fui un monstruo, y que lo fui por culpa de una gente que cometió una monstruosidad, y sé también, porque lo aprendí allá en Los Tepuales, cuánto valor puede haber en las manos de una amiga, como las manos de Marilí, que aquella noche en el estacionamiento cortaron para siempre las cuerdas de mi soledad y me devolvieron a los míos.

Y que quede dicho: los monstruos verdaderamente existen, aunque a veces no sean tal como los imaginamos.

MARIO MÉNDEZ

Nació en Mar del Plata y vive en Buenos Aires. Es maestro y guionista de cine y de historietas. Entre sus obras publicadas se encuentran: *El monstruo de las frambuesas*, *Cabo fantasma*; *Pedro y los lobos*; *El monstruo del arroyo*, y varios cuentos, como *El dragón, la princesa y el caballero* y *Nube*, entre otros.

ÍNDICE

1

I.	NOCHES DE TORMENTA	9
II.	ALGO	15
III.	VENTAJAS	19
IV.	PEDRO Y MARILÍ	23
V.	PREPARATIVOS	27
VI.	UNA EXPEDICIÓN CIENTÍFICA	31
VII.	UNA BATALLA PERDIDA	37
VIII.	MUDANZA	43
IX.	CAMBIOS	47
X.	LA SALIDA DE MARTA	53
XI.	REVELACIONES	57
XII.	MARILÍ Y PEDRO	63
XIII.	LA CARAVANA DE BICICLETAS	69
XIV.	HACIA EL PUEBLO	73
XV.	UN GRUPO FURIOSO	77
XVI.	MARILÍ Y EL MONSTRUO	81
XVII.	LA CAPTURA	85
XVIII.	SORPRESAS	91
XIX.	PERIODISTAS, CURIOSOS Y POLICÍAS	97
XX.	UN NUEVO GRUPO DE RESCATE	103
XXI.	LA BATALLA DEL ESTACIONAMIENTO	109
XXII.	LA ÚLTIMA SORPRESA EPÍLOGO	115
	BIOGRAFÍA DEL AUTOR	121
		125